

De don Jerónimo de Monforte y Vera:

Menga y Pascual, los favores
mezclando con los desdenes,
ignoraban de sus bienes
talvez los dulces primores.
En sus amantes furoros
equivocada, no se
conoce la causa de
su afecto, puesto que allí
ella no sabía si
el pastor sentía que.

Ella talvez le dejaba,
y le buscaba talvez,
que del amor la niñez
á tira-afloja jugaba.
Tímido el pastor estaba
en las acciones que vió,
y así neutral también dió
culto al rapaz, pues su fe
á un tiempo sentía que
se ausentase y también no.

Ver y llorar no podía
á un tiempo la tal zagala,
solo porque el brío y gala
del zagal era alegría.
Lloraba cuando no vía
á Pascual que la inquietó;
pero amor que procuró
su bien, le puso delante;
vióle, y en el mismo instante
dejó de llorar, pues vió.

Al paso que la belleza
creció en Menga la mudanza,
porque se inclinó á la danza
que le tocó otra fineza.
Oh! qué poco la firmeza
durar en amor se vé,
pues el pastor halló que
un mocito de ciudad
le hacía la caridad
á su pastora sin fe

JUICIO SINTÉTICO DE ESTA SESIÓN

El virrey marqués de Castell-dos-Rius era una de los muchos literatos de aquel siglo que aspiraban á convertir la poesía en una especie de gimnasio intelectual, en el que mayor mérito se acordaba al vencedor de dificultades métricas que al que sobresalía por la altura y novedad del pensamiento. Así lo comprobó su Excelencia con la enigmática y sosa redondilla que, en esta sesión, designó por tema de glosa á sus amigos. En literatura, la idea vivía esclavizada, al artificio de la forma, como, en política, la libertad atada al carro de la lejana metrópoli.

Me he esforzado, pero en vano, por encontrar algo que elogiar en las décimas glosadas en esta sesión, y nada habrían perdido las bellas letras con que las composiciones leídas se le hubieran estraviado al secretario compilador.

R. P.

ACTA TERCERA

DE LA ACADEMIA DEL LUNES 7 DE OCTUBRE DE 1709.

CONCURRENTES:

Su Excelencia:

El licenciado don Miguel Cascante — *El doctor don Pedro José Bermúdez*
El marqués de Brenes — *El doctor don Pedro de Peralta*
Don Juan Manuel de Rojas — *Don Jerónimo de Monforte y Vera.*

Para esta Academia había pedido Su Excelencia á los ingenios que trajese cada uno un enigma.

Después de la música se improvisó un romance joco-serio, en quince coplas á Narciso, con el asonante de un nombre, asunto que dió Su Excelencia.

Del licenciado don Miguel Saenz Cascante:

ENIGMA

¿Cuál es aquel animal
cuya piel es todo el cuerpo,
y suele variar colores
blanco, colorado y negro?

En su cuerpo, solo boca
y largas orejas vemos,
en las cuales se le pone
para gobernarle el freno.

Alma no tiene por sí
ni humano ó bruto compuesto;
mas si le mueven entonces
toma alma, carne y huesos.

Si lo aflojan mucho, se anda
de caer con algún riesgo;
mas si lo aprietan, no él,
tú tendrás el sentimiento.

No anda con sus propios pies,
siempre camina en ajenos,
y, no teniéndolos, deja
de pies vestidos impresos.

Para mitigar su rabia
el picarlo es el remedio,
y mientras más lo picares
servirá más manso y quieto.

A todos este animal
es necesario el traerlo,
y al que le falta es desdicha
de último desvalimiento.

Viviendo, goza de alma
que es capaz de entendimiento,
y cuando más solo un mes
dura de su vida el tiempo.

(Significa el ZAPATO).

Del marqués de Brenes.

ENIGMA

Tierra, leños y metales
y cualquier otra materia,
á donde yo asisto son
de mi solio reverencia.

Si algo quitan á otro alguno,
le amioran, cosa es cierta,
que es fuerza que lo quitado
menor que lo que es lo deja.

Si rústica, osada mano
á quitar de mí algo llega,
logrando su intento en ello
no se agravia, aunque me ofenda.

En mí se vé lo contrario,
y en lo que yo soy demuestra
que todo lo que me quitan
hace mayor mi grandeza.

(Es el AGUJERO).

De don Juan Manuel de Rojas,

ENIGMA

Aunque parezco escremento
y de juegos desechado,
es mi padre tan honrado
como el primer elemento,
En el invierno me aumento,

y el que me quiere guardar
su fruto llega á lograr;
destrúyeme el viento vario,
y tengo en el calendario
sin ser santo mi lugar.

(Es la CENIZA)

De don Pedro José Bermúdez

ENIGMA

De un mismo vientre nacidos
y en el cuerpo desiguales,
ví de pieles de animales
á diez hermanos vestidos.

Son, á veces, tan violentos
que aun sus ropas hacen piezas,
y con airadas fierezas
quitan vitales alientos.

A un timbre de Vuceleñcia
(que son las palmas) asidos
se miran, y á ellas unidos
consiguen su permanencia.

(Es los DEDOS DE LA MANO).

De don Pedro de Peralta.

ENIGMA

Mido á quien me mide á mí,
mi ruina y mi logro soy,
porque pierdo lo que doy
y en no dando me perdí.
Mi juicioso frenesí

es lo que oculto mostrar;
sin alas, logro volar,
y siendo un punto á mi fé,
al cielo igualo, y aun sé
todo el mundo gobernar.

(Es el RELOJ).

De don Jerónimo de Monforte.

ENIGMA

Mi madre ha sido la Tierra,
al Sol debí mi crianza,
y trasformado á otro ser
soy tan claro como el agua.

Si se me ponen delante
les digo en su misma cara,
sin reparo, sus defectos
al Señor, al Rey y al Papa.

Por la luna me engrandezco
tanto, que en corta distancia,
cuanto se ofrece á mi vista,
en mis términos se halla.

Y pues que á todos hablo con verdad,
no me descubre aquel que no supiere
que puedo tener cosa que guardar.

(Es el ESPEJO).

Pasando los ingenios al tema del romance á Narciso, escribió éste el licenciado don Miguel Cascante:

Temeroso, desconfiado,
sin recatarse, Narciso
de los reflejos del agua
no huye como peligro.
Un vejámen he de darle;
mas ha de ser tan pasito
que no lo sienta, aunque llora
el dolor que no ha sentido.

Si al cristal no concediera
de su rostro lo pulido,
nunca en el cristal hallara
el incendio de su hechizo.
De quien se enamoró fué
de aquel imán atractivo
que le concedió la luz
del espejo cristalino.

Muera en el agua que adora
el que no advirtió, en sus visos,
la verdad que le ministran
las claridades del vidrio.
Si fuera de los galanes
que gastan los espejitos
en las copas del sombrero,
de éco no fuera el grito.
Vaya á buscar perendengues
para salir más pulido,
al teatro de las damas
del barrio de Leganitos. (1)
Porque estas nunca ignoraron
como atraer mancebítos
al reclamo de sus voces,
al aire de sus cariños.
Pero, si mal no discuro,
quiero le dé mil pellizcos
por encima de la ropa
Doña Filis á Narciso.
A este bobo de los bobos
á quien levantan los siglos

sobre el copete del agua
el altar de sus delirios,
quiero decirle que es
un buen hombre, aunque es esquivo,
en no dejarse adorar
de la que dió al aire el silvo.
De este dicen los poetas,
y aquellos que no lo han sido,
que fué pasado por agua
sin ser pasado por higo.
Pobre de tí, enamorado
de tu sombra y de tí mismo,
si no fueras tan mollar
no tuvieras tan mal juicio!
No te llamaran las damas
con el nombre de Perito,
y también de Calabaza,
de Berengena y Pepino.
Muera en el agua el que nunca
bebió el generoso vino
con que el amor embriaga
á los que son sus amigos.

Del marqués de Brenes al mismo asunto:

Mi señora Doña Euterpe
con su amiga Doña Clío
me influyan, porque hagan éco
á este asunto de Narciso.
Aunque es claro como el agua
para mí, turbio lo miro,
pues como el hecho fué grande
me ha puesto á mi tamañito.
Pero obediencia y callar,
y ver si acaso del Pindo
merezo de sus raudales
algo de sus desperdicios:
Vaya de fábula, y venga
hablar sin razón á juicio,
por ver si lo enamorado
disculpa lo presumido.
¿Es posible que á una fuente
le llevase su destino,
sin ver que son sus cristales
delicados como el vidrio?
¿Qué pensó hallar en su espejo,
señor galán Don Hechizo?

Juzgó que lo lindo hallara
desahogos de lo lindo?
Imaginó, como es flor,
ser del jardín, cristalino
de la fuente por lo hermoso,
árbol ser, y ser don Guindo?
Bien pudiera serlo usted;
será mejor, imagino,
que pudiera ser camueso
quien fué tan poco perito.
Como quien dice ¡agua val!
se arrojó á ver lo pulido
de su rostro acicalado
haciendo mil pucheritos.
No ves que, ¡aquietas sus ondas
te dejan desvanecido,
y que de tí mismo huye
lo que buscaste tú mismo?
No ves que tu propia sombra
ha engañado tu capricho,
y que olvidada de tí
te burla con el olvido?

(1) Leganitos es un barrio de Madrid.

No ves que lo delicado
de tu rostro hermafrodito
á lo lindo ofende por
adorar tanto á lo lindo?

Aquí se acabó el vejámen;
perdóneme, señor mío,
y ponga lo majadero
á cuenta de lo advertido.

De don Juan Manuel de Rojas. (1)

Aquel Pastor de la aldea
á quien llamaron Narciso,
por parte de padre flautas,
por parte de madre pitos;
que tuvo honrados abuelos
lo dá su nombre de hijo;
porque, de Narciso, RANCIOS
sale en anagrama limpio;
aquel cuyo mayorazgo
daba de renta un comino,
que fué herencia de un Vizconde,
conde tuerto y conde visco;
aquel tan acicalado
y de calzas tan pulido,
que, por ajustarse mucho,
quiso ajustarlas consigo;
la italiana mariposa
que se dió, en nefandos giros,
á su propia luz más vueltas
que da á una noria un pollino;
en el margen de una fuente,
con el más nuevo capricho,
se le antojaron enaguas
lo que no era calzoncillos.
Fué á lavarse y se clavó,
y allá á su capote dijo:
maldito sea mi gesto,
nunca fueras tú tan lindo.
La rubia hermosa madeja
que al ofir deja mendigo,
en el torno de su cuello
se devanaba hilo á hilo.
El zagal tan enredado
en las ondas de sus vicios
estaba, que ya tenía
toda el alma hecha un ovillo.
Dos astros eran sus ojos,
su nariz cristal bruñido,
dos arcos de amor sus cejas,
sus lábios coral partido.

El pobrete idolatrando
el veneno masculino,
del aljófar de sus dientes
se quisiera ver mordido.
Puso amor en sus mejillas
dos hidalgos apellidos;
la una era Rosa Quijada
la otra Azucena Carrillo.
Últimamente el mozuelo,
mal ganado v bien perdido,
huyendo de lo caliente
quiso arrojarse á lo frío.
Mi bien! (le dice á su imágen)
bendito aquel que te hizo,
que aquesta en mi vida es
la cuarta vez que te he visto.
Dime, ingrata; si tenías
este secreto escondido
¿por qué no se lo dijiste
treinta varas del oído?
Tú eres una gran ladrona
que me robas mi albedrío,
y aquí viva habré de ahogarte
aunque yo no quede vivo.
Quiéreme, adorada imágen,
te daré coche y vestido,
con peluca á la francesa
y sombrero de tres picos.
Repara bien si este talle,
labrado en taller prolijo,
no está de puro entallado
para dar un estallido.
Mira este breve zapato
que, en solo un punto, le hizo
para el capitán Meneses
un calzador coturninó. (2)
Viendo que no le responde
por más que la llora á gritos,
dijo: hablo griego, mi reina?
¿piensa que la habla algún indio?

(1) En mi concepto, este romance, honra el ingenio del poeta y resulta el mejor de los escritos sobre el tema dado por el virrey. — R. P.

(2) Sujeto que ponía gran cuidado en ajustarse mucho los pies.